

René KIEFFER, *Le monde symbolique de Saint Jean*, («Lectio Divina», n. 137), Paris 1989, 119 pp., 21 x 14.

Es cierto que la expresión simbólica forma parte del campo de la analogía y, por tanto, es siempre mera aproximación al conocimiento de la realidad que se quiere expresar. Sin embargo hay realidades tan por encima de nuestra capacidad de expresión, que sólo mediante un lenguaje analógico, a menudo simbólico, se pueden comprender, aunque nunca comprender. Esto es lo que viene a decir Kieffer en la Introducción (cfr. p. 7). Cita primero la *Poética* de Aristóteles, que considera la metáfora como un modo impropio de expresión. Pero luego se apoya en P. Ricoeur para abogar por la importancia del lenguaje simbólico y su validez como cauce de expresión. Esta consideración es fundamental para comprender al IV Evangelio, pues sólo admitiendo el valor expresivo del símbolo podremos acercarnos al texto joanneo. De ese modo, sigue diciendo el A., las metáforas, aisladas o concatenadas, tan frecuentes en S. Juan, serán contempladas con una mayor sensibilidad y atención, en consonancia con el conjunto del IV Evangelio.

En un primer capítulo se estudian los aspectos temporales y espaciales que dominan en el texto joanneo, y se relacionan estrechamente con el contenido teológico. Este primer capítulo reproduce, con algunas modificaciones, un trabajo suyo aparecido en la revista «New Testament Studies», 31 (1985) 393-409. El capítulo siguiente fue publicado también, aunque parcialmente, en «Semiotique et Bible», 45 (1987) 15-22. En él comenta, paso a paso, la relación en cadena que tienen las imágenes y las escenas del relato evangélico. En el capítulo tercero, trata de discernir de modo más sistemático la forma y la ideología del lenguaje

joánico. La idea central está desarrollada inicialmente en otro artículo aparecido en el libro *Aspects on the Johannine Literature*, editado el año 1987 por L. Hartmann y B. Olson en Upsala. Advierte, por otra parte, que cuanto en este libro se expone, está tomado de su comentario al IV Evangelio, publicado en sueco (*Johannesevangeliet 1-10*, Upsala 1987; *Johannesevangeliet 11-21*, Upsala 1987). Aclara, además, que sigue el concepto de símbolo adoptado por G. Stenberg (cfr. *La symbolique du bien et du mal selon saint Jean*, Paris 1970, p. 15s.): «Pour lui le symbole est un raseourci expressif et dynamique, ouvert au Absolut» (p. 9).

Recuerda el autor la primera fase de la crítica-histórica en el s. XIX con D. F. Strauss, E. Renan y F. C. Bauer, contrarios a la historicidad y autenticidad joannea del IV Evangelio, atribuido a diversos personajes de la segunda mitad del s. II. El descubrimiento de los papiros Rylands, sigue recordando el A., con unos fragmentos de Jn 18, dados sobre el a. 130, echaba por tierra aquellas teorías que propugnaban una datación tan tardía. Por otra parte, un mejor conocimiento de la arqueología y geografía bíblica ha valorado positivamente los datos que aporta el texto joánico que, con frecuencia, «est plus crédible que les synoptiques» (p. 13).

Es cierto que junto a ese interés por los datos geográficos y cronológicos de la vida de Jesús, hay una constante intencionalidad teológica. Así lo va mostrando Kieffer por medio de una lectura reposada del texto. En conclusión, afirma el profesor de Upsala, esos dos aspectos, el histórico y el teológico, son inseparables para S. Juan. «Des événements bien datés et situés recèlent et révèlent des dimensions que nous ignorions. Le temps et l'espace humains sont le lieu même de la manifestation de Dieu qui transcende le temps et l'espace. C'est à travers notre monde, c'est

dans notre modo même, que Jésus révèle un monde autre» (p. 33).

Cuando habla de las imágenes y escenas joanneas, recuerda el valor del signo que tienen los milagros de Jesús, muy en consonancia con la doctrina de los signos en el Antiguo Testamento donde no sólo las palabras o las cosas sirven de símbolos, sino que también los hechos y los gestos contienen un significado profundo y teológico, que desvelan diversos aspectos del Misterio de la Redención, sin que por ello dejen de ser reales los acontecimientos narrados (cfr. p. 42s.).

Sostiene la unidad radical que tiene el texto evangélico, tal como nos ha llegado, a pesar de las diversas teorías que sostienen diversos niveles redaccionales (cfr. p. 108). Resulta un tanto artificial la noción de «autor implicado» y de «lector implicado» que introduce Kieffer, además de bastante oscura (cfr. p. 111ss.). Observa como el Evangelista, mediante diversos recursos, entre los que señala el malentendido y la ironía, va atrayendo la atención del lector, que se siente atraído por el misterio que se desvela, al mismo tiempo que es fortalecido en su fe (cfr. p. 113). En realidad, termina diciendo Kieffer, el trabajo del lector no acaba nunca. Las metáforas vivas y los relatos con un significado teológico, en cierto modo, comprometen al lector para se aproxime más y más al texto. «Dans le quatrième évangile l'eau vive coule toujours de source et elle ne cesse à la fois d'abreuer et d'augmenter la soif du lecteur» (p. 117).

A. García-Moreno

Giuseppe GIBERTI, *Spirito e vita cristiana in Giovanni*, («Studi Biblici», 84), Brescia 1989, 189 pp., 20,5x14.

La idea del Espíritu se conecta con la del misterio, explica el a. en la Presen-

tación, según subraya el Señor cuando dice a Nicodemo que del Espíritu no se sabe de dónde viene ni a dónde va (Jn 3, 8). Hay otra conexión, familiar para el lector del IV Evangelio. La que se da entre el Espíritu y la vida. También aquí es determinante una afirmación de Cristo: «Mis palabras son espíritu y vida» (Jn 6, 63). «Al mistero dello Spirito e al suo rapporto, così come è suggerito dal quarto vangelo, è dedicata la ricerca di questo piccolo libro». Alguno de los capítulos han sido publicados anteriormente, aunque se ha cambiado alguna cosa, sobre todo en el aparato técnico de las notas (cfr. p. 9).

Se atiene al texto, sin entrar en cuestiones redaccionales previas, considerando que la visión sustancialmente unitaria del Evangelio ofrece una enseñanza homogénea (cfr. p. 17). La obra se divide en siete capítulos, de los cuales los dos primeros están dedicados al Espíritu Santo en el IV Evangelio y en las epístolas de S. Juan. Trata luego de la misión de Jesús y de los discípulos, de la Iglesia, y de la Madre de Jesús en los cap. III al V. Los dos últimos cap. tratan del perdón de los pecados, y de la resurrección de los muertos.

Al hablar de Jn 7, 37-39 expone la doble posibilidad de puntuación y la consiguiente interpretación que se deriva. Se inclina por la que estima que esa fuente de aguas que saltan hasta la vida eterna, brota del seno de quienes creen en Jesús. Cita en su favor diversos argumentos, entre ellos el recurso a la Vulgata. No parecen convincentes y resulta extraño que no diga nada de la Neovulgata. En cuanto a la bibliografía es bastante irregular de un capítulo a otro. Además abundan más las referencias genéricas a diversos trabajos que las citas concretas.

A. García-Moreno